

CONTENIDOS
DEL
PRIMER PARCIAL DE LA SEGUNDA
EVALUACIÓN

Fecha:

TEMAS 5, 6 y 11

- 1 Tema 5: La subordinación adverbial propia.
- 2 Tema 6: La subordinación adverbial impropia.
- 3 Tema 11: El teatro. Del Neoclasicismo a las Vanguardias.
- 4 Repaso de los artículos de la *tercera entrega* de *El dardo en la palabra*, de Fernando Lázaro Carreter.

ORACIÓN COMPUESTA: COORDINACIÓN Y SUBORDINACIÓN

Proposiciones coordinadas

- A) ORACIONES YUNIDAS: Las proposiciones van unidas sin nexo.
Ej: Llegó, (y) vi, (y) vencí.
- B) ORACIONES coordinadas: Se unen mediante enlaces coordinados.
No tienen entre sí dependencias gramaticales.
Cada una tiene sentido por sí misma.
Se encuentran en el mismo nivel sintáctico.

- CLASES:
- Copulativas: Se suceden unas a otras.
Nexos: Y, E, NI.
Ejemplo: Juan comió y Luis ve el colegio.
 - Disyuntivas: Expresan juicios y opiniones contradictorias entre sí.
Nexos: O, U, o BIEN.
Ejemplo: Estudie o te castigaré.
 - Distributivas: Presentan acciones alternantes pero que no se excluyen.
Nexos: YA...YA, BIEN...BIEN, TAN PRONTO...COMO, UNO...OTRO..
Ejemplo: Ya llueve ya hace sol. Uno viene, otro se va.
 - Adversativas: Una expresa algo que de alguna forma contradice lo que afirma la siguiente.
Nexos: Pero, mas, sino, aunque, sin embargo, no obstante, antes bien, excepto...
Ejemplo: Estudio, pero no sé la lección.
 - Explicativas: Aclaran el significado de otra.
Nexos: Esto es, o sea, es decir.
Ejemplo: Los pavitos son acuáticos, esto es, viven en el agua.

- C) ORACIONES subordinadas: Oración compuesta en la que una de las proposiciones desempeña una función gramatical dentro de otra que es la principal.

- CLASES: Sustantivas: Desempeñan la función de sustantivo.
- De sujeto: Me alegro que apruebas... Me alegro tu aprobado.
 - De O.D.: Quiero que vengas... Quiero tu venida.
 - De O.I.: Da ayuda a los que la solicitan... Da ayuda a los necesitados.
 - De C.C.: Va con los que le respetan... Va con los amigos.
 - De agente: Fue visitado por los que trabajan... Fue visitado por los trabajadores.
 - Predicativo: El vivir es lo que importa... El vivir es lo importante.
 - De nombre: Tiene la seguridad de alcanzar el premio... la seguridad del premio.
 - De adjetivo: Estoy temeroso de que huya... de su huida.

SUSTANTIVAS

- Adjetivas: Desempeñan la función de adjetivo.
- Especificativas: Determinan la extensión del antecedente.
Se colocan a algunos de los seres del antecedente.
Van sin pausas y comas.
Son imprescindibles.
Ejemplo: Los corredores que estaban cansados se retiraron.
 - Explicativas: Se refieren a todos los seres del antecedente.
Expresan una cualidad circunstancial del antecedente.
Van entre pausas.
Se pueden suprimir.
Ejemplo: Los corredores, que estaban cansados, se retiraron.

ADJETIVAS

Adverbiales

ADVERBIALES			
TEMPORALES	cuando mientras	en cuanto antes de que	Habla cuando lo preguntan. Escribme en cuanto llegues. Antes de que llueva, iré a casa.
DE LUGAR	dónde	(a donde, por donde...)	Dónde menos se piensa salta la liebre. Llegaremos hasta donde nace el río.
DE MODO	como	según como si	Lo cuento como me lo contaron. Arréglo según te lo dicho.
DE CANTIDAD	cuanto como		Jugó cuanto quiso. Viene tanto como quiere.
CAUSALES	porque pues como	ya que puesto que	Se puso las gafas porque no veía bien. Como llovía, no salí de casa.
CONSECUTIVAS	por lo tanto así que	(tan) (tanto, -a) que (tal)	Llueve, así que no saldré. Llueve tanto que no puedo salir. Dico tantas montañas que nadie lo cree.
CONDICIONALES	si con que con tal que	con sólo que siempre que a condición de que	Si vienes a casa, te enseñaré el álbum. Con que me llames, basta. Mañana saldremos, siempre que no llueva.
CONCESIVAS	aunque aun cuando	por más que si bien	Aunque llueva, iré. Por más que busco no lo encuentro.
FINALES	para que a fin de que		Te regalo esta foto para que te acuerdes de mí.

PROPOSICIONES SUBORDINADAS

Comentario de textos

Leandro Fernández
de Moratín

34



TEXTO

ESCENA VIII

DON DIEGO, DOÑA FRANCISCA

DON DIEGO.- ¿Usted no habrá dormido bien esta noche?

DOÑA FRANCISCA.- No, señor. ¿Y usted?.

DON DIEGO.- Tampoco.

DOÑA FRANCISCA.- Ha hecho demasiado calor.

DON DIEGO.- ¿Está usted desazonada?

DOÑA FRANCISCA.- Alguna cosa.

DON DIEGO.- ¿Qué siente usted? (*Siéntase junto a doña Francisca*).

DOÑA FRANCISCA.- No es nada... Así, un poco de... Nada..., no tengo nada.

DON DIEGO.- Algo será, porque la veo a usted muy abatida, llorosa, inquieta.
¿Qué tiene usted, Paquita? ¿No sabe usted que la quiero tanto?

DOÑA FRANCISCA.- Sí, señor.

DON DIEGO.- Pues ¿por qué no hace usted más confianza de mí? ¿Piensa usted que no tendré yo mucho gusto en hallar ocasiones de complacerla?

DOÑA FRANCISCA.- Ya lo sé.

DON DIEGO.- Pues: ¿cómo sabiendo que tiene usted un amigo no desahoga con él su corazón?

DOÑA FRANCISCA.- Porque eso mismo me obliga a callar.

DON DIEGO.- Eso quiere decir que tal vez soy yo la causa de su pesadumbre de usted.

DOÑA FRANCISCA.— No, señor; usted en nada me ha ofendido... No es de usted de quien yo me debo quejar.

DON DIEGO.— Pues ¿de quién, hija mía?... Venga usted acá... (*Acércase más*). Hablemos siquiera una vez sin rodeos ni disimulación. Dígame usted: ¿no es cierto que usted mira con algo de repugnancia este casamiento que se la propone? ¿Cuánto va que si la dejasen a usted entera libertad para la elección no se casaría conmigo?

DOÑA FRANCISCA.— Ni con otro.

DON DIEGO.— ¿Será posible que usted no conozca otro más amable que yo, que la quiera bien y que la corresponda como usted merece?

DOÑA FRANCISCA.— No, señor; no, señor.

DON DIEGO.— Mírelo usted bien.

DOÑA FRANCISCA.— ¿No le digo a usted que no?

DON DIEGO.— ¿Y he de creer, por dicha, que conserve usted tal inclinación al retiro en que se ha criado, que prefiera la austeridad del convento a una vida más...?

DOÑA FRANCISCA.— Tampoco; no, señor... Nunca he pensado así.

DON DIEGO.— No tengo empeño de saber más... Pero de todo lo que acabo de oír resulta una gravísima contradicción. Usted no se halla inclinada al estado religioso, según parece. Usted me asegura que no tiene queja ninguna de mí, que está persuadida de lo mucho que la estimo, que no piensa casarse con otro ni debo recelar que nadie me dispute su mano... Pues ¿qué llanto es ése? ¿De dónde nace esa tristeza profunda que en tan poco tiempo ha alterado su semblante de usted en términos que apenas le reconozco? ¿Son éstas señales de quererme exclusivamente a mí, de casarse gustosa conmigo dentro de pocos días? ¿Se anuncian así la alegría y el amor? (*Vase iluminando lentamente la escena, suponiendo que viene la luz del día*).

DOÑA FRANCISCA.— ¿Y qué motivos le he dado a usted para tales desconfianzas?

DON DIEGO.— ¿Pues qué? Si yo prescindo de estas consideraciones, si apresuro las diligencias de nuestra unión, si su madre de usted sigue aprobándola, y llega el caso de...

DOÑA FRANCISCA.— Haré lo que mi madre me manda y me casaré con usted.

DON DIEGO.— ¿Y después, Paquita?

DOÑA FRANCISCA.— Después... y mientras me dure la vida, seré mujer de bien.

DON DIEGO.— Eso no lo puedo yo dudar. Pero si usted me considera como el que ha de ser hasta la muerte su compañero y su amigo, dígame usted: estos títulos, ¿no me dan algún derecho para merecer de usted mayor confianza? ¿No he de lograr que usted me diga la causa de su dolor? Y no para satisfacer una impertinente curiosidad, sino para emplearme todo en su consuelo, en mejorar su suerte, en hacerla dichosa, si mi conato y mis diligencias pudiesen tanto.

DOÑA FRANCISCA.— ¡Dichas para mí!... Ya se acabaron.

DON DIEGO.— ¿Por qué?

DOÑA FRANCISCA.— Nunca diré por qué.

DON DIEGO.— Pero ¡qué obstinado, qué imprudente silencio!... Cuando usted misma debe presumir que no estoy ignorante de lo que hay.

DOÑA FRANCISCA.— Si usted lo ignora, señor don Diego, por Dios no finja que lo sabe, y si en efecto lo sabe usted, no me lo pregunte.

DON DIEGO.— Bien está. Una vez que no hay nada que decir, que esa aflicción y esas lágrimas son voluntarias, hoy llegaremos a Madrid, y dentro de ocho días será usted mi mujer.

DOÑA FRANCISCA.— Y daré gusto a mi madre.

DON DIEGO.— Y vivirá usted infeliz.

DOÑA FRANCISCA.— Ya lo sé.

DON DIEGO.— Ve aquí los frutos de la educación. Esto es lo que se llama criar bien a una niña: enseñarla a que desmienta y oculte las pasiones más inocentes con una páfida disimulación. Las juzgan honestas luego que las ven instruidas en el arte de callar y mentir. Se obstinan en que el temperamento, la edad ni el genio no han de tener influencia alguna en sus inclinaciones, o en que su voluntad ha de torcerse al capricho de quien las gobierna. Todo se las permite, menos la sinceridad. Con tal que no digan lo que sienten, con tal que finjan aborrecer lo que más desean, con tal que se presten a pronunciar, cuando se lo manden, un sí perjuro, sacrílego, origen de tantos escándalos, ya están bien criadas, y se llama excelente educación la que inspira en ellas el temor, la astucia y el silencio de un esclavo.

DOÑA FRANCISCA.— Es verdad... Todo eso es cierto... Eso exigen de nosotras, eso aprendemos en la escuela que se nos da... Pero el motivo de mi aflicción es mucho más grande.

DON DIEGO.— Sea cual fuere, hija mía, es menester que usted se anime... Si la ve a usted su madre de esa manera, ¿qué ha de decir?... Mire usted que ya parece que se ha levantado.

DOÑA FRANCISCA.— ¡Dios mío!

DON DIEGO.— Sí, Paquita; conviene mucho que usted vuelva un poco sobre sí... No abandonarse tanto... Confianza en Dios... Vamos, que no siempre nuestras desgracias son tan grandes como la imaginación las pinta... ¡Mire usted qué desorden éste! ¡Qué agitación! ¡Qué lágrimas! Vaya, ¿me da usted palabra de presentarse así... con cierta serenidad y...?, ¿eh?

DOÑA FRANCISCA.— Y usted, señor... Bien sabe usted el genio de mi madre. Si usted no me defiende, ¿a quién he de volver los ojos? ¿Quién tendrá compasión de esta desdichada?

DON DIEGO.— Su buen amigo de usted... Yo... ¿Cómo es posible que yo la abandonase..., ¡criatura!..., en la situación dolorosa en que la veo? (*Asiéndola de las manos*).

DOÑA FRANCISCA.— ¿De veras?

DON DIEGO.— Mal conoce usted mi corazón.

DOÑA FRANCISCA.— Bien le conozco (*Quiere arrodillarse; don Diego se lo estorba, y ambos se levantan*).

DON DIEGO.— ¿Qué hace usted, niña?

DOÑA FRANCISCA.— Yo no sé... ¡Qué poco merece toda esa bondad una mujer tan ingrata para con usted!... No, ingrata, no; infeliz... ¡Ay, qué infeliz soy, señor don Diego!

DON DIEGO.— Yo bien sé que usted agradece como puede el amor que le tengo... Lo demás todo ha sido..., ¿qué sé yo?..., una equivocación mía, y no otra cosa... Pero usted ¡inocente!, usted no ha tenido la culpa.

DOÑA FRANCISCA.— Vamos... ¿No viene usted?

DON DIEGO.— Ahora no, Paquita. Dentro de un rato iré por allá.

DOÑA FRANCISCA.— Vaya usted presto (*Encaminándose al cuarto de doña Irene, vuelve y se despide de don Diego, besándole las manos*).

"El sí de las niñas" (fragmento)

LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN

34 TEATRO ROMÁNTICO

José Zorrilla

El vallisoletano José Zorrilla (1817-1893) es autor del drama más popular de nuestro Romanticismo: *Don Juan Tenorio* (1844). Se dio a conocer en el entierro de Larra, en el cual leyó un poema, que empezaba:

Ese vago clamor que rasga el viento
es la voz funeral de una campana:
vano remedo del postrer lamento
de un cadáver sombrío y macilento
que en sucio polvo dormirá mañana.

* Entre 1855 y 1866 vivió en Méjico, donde triunfó como escritor. Vuelto a España, gozó de la máxima estima, y fue coronado en Granada como poeta. Vivió con dificultades económicas, y las Cortes lo pensionaron. Escribió poemas líricos, leyendas (*A buen juez, mejor testigo*) y obras teatrales (*Traidor, infanzona y mártir*, *El zapatero y el rey*, *Don Juan Tenorio*), de exaltado tono romántico. Pero es singularmente famoso por el último de dichos dramas, que, hasta hace pocos años, se representaba en casi todos los teatros españoles por compañías profesionales o de aficionados, coincidiendo con la festividad de Todos los Santos.

Desarrolla dicho drama la *leyenda de don Juan*, el enamorado sin escrúpulos, de antiguo origen español, que, como vimos, había tratado ya Tirso de Molina (*El burlador de Sevilla*) y el gran comediógrafo francés Molière (*Don Juan*), y, posteriormente, otros autores españoles y extranjeros. La obra no es perfecta; no escasean en ella los ripios, y son notorios los desequilibrios de su construcción. Pero el brío y la arrogancia del protagonista, y la fuerza teatral de muchas escenas compensan ampliamente de sus defectos.

DON JUAN TENORIO PRIMERA PARTE

ACTO I

En 1545, durante el Carnaval, en la sevillana Hostería del Laurel, don Juan Tenorio, enmascarado, con su criado Ciutti aguarda la llegada de don Luis Mejía, con Comendador don Gonzalo de Ulloa (padre

de doña Inés) y don Diego Tenorio (padre de don Juan), así como varios caballeros amigos del protagonista y de don Luis Mejía —el capitán Centellas, Avellaneda, etc.—. Por fin, viene este, y empieza a dialogar con don Juan.

DON JUAN
Hablad, pues.

DON LUIS
No, vos debéis empezar.

440 DON JUAN
Como gustéis, igual es,
que nunca me hago esperar.

Pues, señor, yo desde aquí,
buscando mayor espacio
para mis hazañas, di
sobre Italia, porque allí
tiene el placer un palacio.

445 De la guerra y del amor
antigua y clásica tierra,
y en ella el Emperador,
con ella y con Francia en guerra,

450 díjeme: ¿Dónde mejor?
Donde hay soldados hay juego,
hay pendencias y amosios.
Di, pues, sobre Italia luego,
buscando a sangre y a fuego
amores y desafíos.

En Roma, a mi apuesta fiel,
Fijé, entre hostil y anatorio,
en mi puerta este cartel:

460 "Aquí está don Juan Tenorio
para quien quiera algo de él."
De aquellos días la historia
a relataros renuncio:

remítome a la memoria
que dejé allí, y de mi gloria
podéis juzgar por mi anuncio.

465 Las romanas, caprichosas;
yo, gallardo y calavera:
¿quién a cuento redujera
mis empresas amorosas?

470 Salí de Roma, por fin,
como os podéis figurar:
con un distrajo harlo ruin
y a lomos de un mal rocín,
pues me querían ahorcar.

475 Fui al ejército de España;
mas, todos paisanos míos,
soldados y en tierra extraña,
dejé pronto su compañía
tras cinco o seis desafíos.

480 Nápoles, rico vergel
de amor, de placer emporio,
vivo en mi segundo cartel:
"Aquí está don Juan Tenorio,
485 y no hay hombre para él."
Desde la princesa altriva

DON JUAN
¿Estamos listos?

DON LUIS
Estamos

DON JUAN
Como quien somos cumplimos.

DON LUIS
Veamos, pues, lo que hicimos.

DON JUAN
420 Bebamos antes.

DON LUIS
Bebamos. (*Lo hacen.*)

DON JUAN
La apuesta fue...

DON LUIS
Porque un día
dije que, en España entera,
no habría nadie que hiciera
lo que hiciera Luis Mejía.

425 DON JUAN
Y siendo contradictorio
al vuestro mi parecer,
yo os dije: "Nadie ha de hacer
lo que hará don Juan Tenorio."
¿No es así?

DON LUIS
Sin duda alguna;

430 y vinimos a apostar
quién de ambos sabría obrar
peor, con mejor fortuna,
en el término de un año,
juntándonos aquí hoy
435 a probarlo.

DON JUAN
Y aquí estoy.

DON LUIS
Y yo.

440 CENTELLAS
¡Empeño bien extraño,
por vida mía!

a la que pesca en ruin barca,
no hay bembra a quien no suscriba;
y a chalquier empresa abarca,
si en oro o valor estriba.

490 Búsquenle los rentidores;
Cérquenle los jugadores,
quien se prete que le ataje,
a ver si hay quien le aventaje

495 en juego, en lid o en amores."
Esto escribí; y en medio año
que mi presencia gozó

500 Nápoles, no hay lance extraño,
no hay escándalo ni engaño
en que no me hallara yo.

Por donde quiera que fui,
la razón atropellé,
la virtud escarnecí,

505 a la justicia burlé
y a las mujeres vendí.

Yo a las cabañas bajé,
yo a los palacios subí,
yo los claustros escalé,

510 y en todas partes dejé
memoria amarga de mí.

Ni reconocí sagrado,
ni hubo ocasión ni lugar
por mi audacia respetado;

515 ni en distinguir me he parado
al clérigo ni al seglar.

A quien quise provoqué,
con quien quise me batí,
y nunca consideré

520 que pudo matarme a mí
aquel a quien yo maté.

A esto don Juan se arrojó,
y escrito en este papel
está cuanto conseguí;

525 mantenido está por él.
[...]

Don Luis narra, a continuación, sus "proezas", y, como don Juan, trae en un papel la relación de hombres que ha matado en desafío y de mujeres que ha burlado. Don Juan ha vencido, pero su rival le hace notar que no figura en su lista ninguna novicia.

Tenorio le promete conquistarla, y también, de paso, a "la dama de algún amigo / que para casarse este".

¡Por Dios que sois hombre extraño!
¿Cuántos días empleáis
en cada mujer que amáis?

DON LUIS

¡Por Dios que sois hombre extraño!
¿Cuántos días empleáis
en cada mujer que amáis?

DON LUIS

¡Por Dios que sois hombre extraño!
¿Cuántos días empleáis
en cada mujer que amáis?

DON LUIS

¡Por Dios que sois hombre extraño!
¿Cuántos días empleáis
en cada mujer que amáis?

DON LUIS

¡Por Dios que sois hombre extraño!
¿Cuántos días empleáis
en cada mujer que amáis?

verso lo componen los anteriores tres versos
breves).

ACTO III

Doña Inés está en su celda. Brigida le ha traído un devocionario, dentro del cual viene una carta de don Juan. La novicia está contrabada, pero la vieja le anima a leerla.

LUCÍA
¿Qué queréis, buen caballero?

DON JUAN
Quiero...

LUCÍA
¿Qué queréis, vamos a ver?

DON JUAN
Ver.

LUCÍA
1370 ¿Ver? ¿Qué veréis a esta hora?

DON JUAN
A tu señora.

LUCÍA
Idos, hidalgo, en mal hora;
¿quién pensáis que vive aquí?

DON JUAN
Doña Ana de Pantoja, y
quiero ver a tu señora.

LUCÍA
¿Sabéis que casa doña Ana?

DON JUAN
Sí, mañana.

LUCÍA
¿Y ha de ser tan infiel ya?

DON JUAN
Sí será.

LUCÍA
1380 Pues ¿no es de don Luis Mejía?

DON JUAN
¡Cál Otro día.

Hoy no es mañana, Lucía:
yo he de estar hoy con doña Ana,
y si se casa mañana,

1385 mañana será otro día.

Don Juan convence a Lucía, ofreciéndole dinero, para que a las diez de la noche le franquee la puerta de la casa.

DOÑA INÉS

Ay, que cuánto más la miro
menos me atrevo a leer. (Lee.)
"Doña Inés del alma mía."

1645 ¡Virgen Santa, qué principio!

BRÍGIDA

Vendrá en verso, y será un ripio
que traerá la poesía.

Vámos, seguid adelante.

DOÑA INÉS (Lee.)

1650 "Luz de donde el sol la toma,
hermosísima paloma
privada de libertad,

si os dignáis por estas letras
pasar vuestros lindos ojos,
no los tornéis con enojos

1655 sin concluir, acabad."

Incitada por Brigida, doña Inés sigue leyendo la carta de don Juan, cada vez más cautiva de aquellas palabras de amor.

DOÑA INÉS

¡Ay! ¿Qué filtro envenenado
me dan en este papel,
que el corazón desganado

1735 me estoy sintiendo con él?
¿Qué sentimientos dormidos
son los que revela en mí?

¿Qué impulsos jamás sentidos?
¿Qué luz que hasta hoy nunca vi?

1740 ¿Qué es lo que engendra en mi alma
tan nuevo y profundo afán?
¿Quién roba la dulce calma
de mi corazón?

BRÍGIDA

Don Juan.

BRÍGIDA

Don Juan.

Este se presenta repentinamente, y se lleva a la novicia, que se ha desmayado al verlo. Brigida se marcha tras ellos. La abadesa del convento se sorprende al hallar vacía la celda. Don Gonzalo, que sospecha alguna felonía de don Juan, acude al conven-

to, y allí encuentra, tirada en el suelo, la carta que su hija ha leído, y sale en busca de ella.

1907 ¿Dónde vais, Comendador?

ABADESA

DON GONZALO
¡Imbécil!, tras de mi honor que os roban a vos aquí.

ACTO IV

Don Juan se ha llevado a doña Inés a una quinta que posee a orillas del Guadalquivir. La novicia despierta de su desmayo, extrañada de verse allí, y Brigida la convence de que el galán la ha puesto a salvo de un incendio que se produjo en el convento. Sigue la famosa escena "del sofá", los requiebros de don Juan y doña Inés, ya verdaderamente enamorados. Se observará toda la fuerza romántica de los versos.

DON JUAN

Cálmate, pues, vida mía, reposa aquí, y un momento olvida de tu convento la triste cárcel sombría.

2170 ¡Ah! ¿No es cierto, ángel de amor, que en esta apartada orilla más pura la luna brilla y se respira mejor?

2175 Esta aura que vaga, llena de los sencillos olores que brota esta orilla amena; esta agua limpia y serena que atraviesa sin temor la barca del pescador que espera cantando el día, ¿no es cierto, paloma mía, que están respirando amor?

2185 Esa armonía que el viento recoge entre esos millares de floridos olivares, que agita con manso aliento; ese dulcísimo acento con que trina el ruiseñor de su copas morador, llamando al cercano día, ¿no es verdad, gacela mía, que están respirando amor? [...]

Y esas dos líquidas perlas

2205 que se desprenden tranquilas de tus radiantes pupilas convidándome a beberlas, evaporarse, a no verlas, de sí mismas al calor;

2210 y ese encendido color que en tu semblante no había, ¿no es verdad, hermosa mía, que están respirando amor?

2215 Oh, sí, bellísima Inés, espejo y luz de mis ojos, escucharme sin enojos como lo haces, amor es: mira aquí a tus plantas, pues, todo el alivio rigor de este corazón traidor que rendirse no creía, adorando, vida mía, la esclavitud de tu amor.

DOÑA INÉS

2225 Callad, por Dios, oh don Juan, que no podré resistir mucho tiempo, sin morir, tan nunca sentido afán.

2230 Ah, callad, por compasión, que oyéndoos me parece que mi cerebro enloquece, y se arde mi corazón.

2235 Ah, me habéis dado a beber un filtro infernal, sin duda, que a rendiros os ayuda la virtud de la mujer [...]

2245 Y ¿qué he de hacer, ¡ay de mí!, sino caer en vuestros brazos, si el corazón en pedazos me vais robando de aquí?

2250 No, don Juan, en poder mío resistirte no está ya: yo voy a ti, como va sorbido al mar ese río.

2255 Tu presencia me enajena, tus palabras me alucinan, y tus ojos me fascinan, y tu aliento me envenena.

¡Don Juan, don Juan!, yo lo imploro de tu hidalga compasión: o arráncame el corazón, o ámame, porque te adoro.

Don Juan asegura a la novicia que su amor en nada se parece al que sintió por otras mujeres; es Dios el que lo pone en su corazón. Llega de improviso don Luis Mejía a batirse con él; pero acude también a la

quinta don Gonzalo, dispuesto a vengar el secuestro de su hija. Don Juan se arrodiilla humildemente a sus pies, suplicándole que autorice el matrimonio con doña Inés.

2545 ¡Nunca, nunca! ¿Tú su esposo? Primero la mataré.

¡Ea, entrégamela al punto, o sin poderme valer, en esa postura vil el pecho te cruzaré!

DON JUAN

2550 Miralo bien, don Gonzalo, que vas a hacerme perder con ella hasta la esperanza de mi salvación tal vez.

DON GONZALO

¿Y qué tengo yo, don Juan, con tu salvación que ver?

Don Juan, desesperado, mata al Comendador de un pistoletazo. Ríe a espada con don Luis Mejía, y lo mata también. Después, salta por el balcón, huyendo. Antes dice:

DON JUAN

2620 Llamé al cielo y no me oyó, y pues sus puertas me cierra, de mis pasos en la tierra responda el cielo, y no yo.

PARTE SEGUNDA

ACTO I

La acción transcurre años después, en el cementerio. Allí están los monumentos funerarios de don Gonzalo, don Diego Tenorio, don Luis y doña Inés, con sus respectivas estatuas. Aparece don Juan, y habla con el Escultor que ha esculpido tales estatuas, el cual le explica que doña Inés murió de pena. Don Juan, al quedarse solo, pide perdón a su amada; la sombra de esta se le aparece y le dice:

SOMBRA DE DOÑA INÉS

Yo soy doña Inés, don Juan, que te oyó en su sepultura.

DON JUAN
¿Conque vives?

SOMBRA DE DOÑA INÉS

Para ti.

2995 Mas tengo mi purgatorio en ese mármol mortuorio que labraron para mí. Yo a Dios mi alma ofrecí en precio de tu alma impura,

3000 y Dios, al ver la ternura con que te amaba mi afán, me dijo: "Espera a don Juan en tu misma sepultura. Y pues quieres ser tan fiel a un amor de Satanás, con don Juan te salvarás o te perderás con él."

3005 La sombra desaparece, y llegan el capitán Centellas y Avellaneda, amigos de don Juan, que, al verlo temeroso, piensan que es por temor a los disfrutos. El burlador los convida a cenar. Y, jactancioso, invita también a la estatua del Comendador.

La sombra desaparece, y llegan el capitán Centellas y Avellaneda, amigos de don Juan, que, al verlo temeroso, piensan que es por temor a los disfrutos. El burlador los convida a cenar. Y, jactancioso, invita también a la estatua del Comendador.

ACTO II

En su casa, don Juan, cena con Centellas y Avellaneda. Al momento se oye que alguien llama a la puerta, pero no se ve a nadie. Las llamadas se repiten, cada vez más cerca. Por fin, la estatua del Comendador se filtra por la pared; pero los amigos de don Juan no la ven, porque han quedado desvanecidos. Don Gonzalo le anuncia, de parte de Dios, que morirá al día siguiente: sólo ese plazo tiene para arrepentirse de los males que ha causado. La estatua se marcha atravesando la pared, y aparece la sombra de doña Inés, que exhorta a su amado al arrepentimiento. Al desvanecerse, despiertan Avellaneda y Centellas. Los acusa don Juan de haber tramado lo que ha sucedido para burlarse de él. Ellos, a su vez, creen que don Juan ha puesto en el vino una droga que los ha hecho dormir. La discusión sube de tono, se desafían, y salen a la calle a reñir.

ACTO III

Lo tituló Zorrilla "Misericordia de Dios y apoteosis del amor". La acción vuelve al

cementerio. *Faltan las estatuas de don Gonzalo y de doña Inés. Llega don Juan y se asombra de aquella ausencia. Se le aparece el Comendador rodeado de esqueletos y espectros.*

DON JUAN
Pavor jamás conocido
el alma fiera me asalta,
y aunque el valor no me falta,
me va faltando el sentido.

ESTATUA DE DON GONZALO
Eso es, don Juan, que se va
concluyendo tu existencia,
y el plazo de tu sentencia
está cumpliéndose ya [...]

DON JUAN
¿Conque hay otra vida más
y otro mundo que el de aquí?
¿Conque es verdad, ay de mí,
lo que no creí jamás? [...]
¿Y ese reló?

ESTATUA DE DON GONZALO
Es la medida
de tu tiempo.

DON JUAN
¡Expira ya!

ESTATUA DE DON GONZALO
Sí; en cada grano se va
3695 un instante de tu vida.

DON JUAN
¿Y esos me quedan no más?

ESTATUA DE DON GONZALO

Sí.

DON JUAN
¡Injusto Dios! Tu poder
me haces ahora conocer,
cuando tiempo no me dan
de arrepentirme.

ESTATUA DE DON GONZALO
Don Juan,
un punto de contrición
da a un alma la salvación,
y ese punto aún te lo dan [...]
(*Tocan a muerto, y pasa un cortejo fúnebre.*)

DON JUAN
3716 ¿Y aquel entierro que pasa?

ESTATUA DE DON GONZALO
Es el tuyo.

DON JUAN
¡Muerto yo!

ESTATUA DE DON GONZALO
El capitán te mató
a la puerta de tu casa [...]

Don Juan no cree que su salvación sea ya posible: lo están guardando los espectros para conducirlo al infierno. Don Juan proclama a gritos su fe en Dios. La estatua de don Gonzalo lo toma de la mano, llevándolo ya, pero se abre el sepulcro de doña Inés, y sale esta:

DOÑA INÉS
Fantasmas, desvaneceros:
su fe nos salva..., volveos
a vuestros sepulcros, pues.
La voluntad de Dios es.

3780 De mi alma con la amargura
purifiqué su alma impura,
y Dios concedió a mi afán
la salvación de don Juan
al pie de la sepultura.

DON JUAN
¡Inés de mi corazón!

DOÑA INÉS
Yo mi alma he dado por ti,
y Dios te otorga por mí
tu dudosa salvación.

3790 Misterio es que en comprensión
no cabe de criatura;
y sólo en vida más pura
los justos comprenderán
que el amor salvó a don Juan
al pie de la sepultura.

Cesad, cantos funerales;
cesad, mortuorias campanas;
ocupad, sombras livianas,
vuestras urnas sepulcrales;
3800 volved a los pedestales,
animadas esculturas.

Y las celestes venturas
en que los justos están,
empiecen para don Juan
en las mismas sepulturas.

3805

(*Angeles derraman flores sobre ella y don Juan.*)

que, pues me abre el purgatorio
un punto de penitencia,
es el Dios de la clemencia
el Dios de don Juan Tenorio.

3815 (*Mueren los dos amantes, y sus almas—
—dos llamas que salen de sus bocas—
ascienden al cielo entre músicas.*)

DON JUAN
¡Clemente Dios, gloria a Ti!
Mañana a los sevillanos
aterrará el creer que a manos
de mis víctimas caí.

3810 Mas es justo: quede aquí
al universo notorio

*Don Juan Tenorio. Edición de Aniano Peña. Ed. Cátedra
(Col. Letras Hispánicas, n.º 114.)*

43 EL TEATRO ANTERIOR A 1936. JACINTO BENAVENTE

En los primeros decenios del siglo, la literatura dramática puede repartirse en dos campos.

De un lado, ciertas *experiencias innovadoras* que rara vez alcanzan el aplauso del gran público y que, en general, son rechazadas por unos empresarios teatrales preocupados, ante todo, por el éxito de taquilla. En este campo se encuentran —aparte la producción precursora de Valle-Inclán— los intentos teatrales de Unamuno o Azorín, la obra singular de un Jacinto Grau (1877-1958) y, después, las experiencias de algunos poetas del "27", como Salinas o Alberti. Caso aparte, naturalmente, García Lorca, que lograría fundir genialmente exigencia estética y proyección popular.

De otro lado, *el teatro que triunfa*, el que llena las salas. Y en este campo se distinguen varias corrientes:

- *Un teatro en verso*, neorromántico y con tintes modernistas, como el de Eduardo Marquina (1879-1946) y Francisco Villaspesa (1877-1936).
- *Un teatro cómico*, predominantemente costumbrista, representado por las comedias y sainetes de Carlos Arniches (1866-1943) y de los hermanos Quintero (Serafín, 1871-1938, y Joaquín, 1873-1944).
- *Una "alta comedia"* (a veces llamada "comedia burguesa"), igualmente alejada de los resabios posrománticos y del realismo costumbrista. Es la línea presidida por Benavente.

Jacinto Benavente (1866-1957)

Nació y murió en Madrid. Su carrera teatral se inicia en la última década del XIX y en pocos años alcanza la cúspide de la fama. En 1912 es elegido miembro de la Real Academia Española. En 1922 se le concede el Premio Nobel, pero ya parte de la crítica le es hostil. El gran mérito de Benavente había sido romper con la grandilocuencia declamatoria sin caer en la ramplonería. Y sus principales cualidades son una profunda habilidad en la construcción escénica, una sobria elegancia, un agudo ingenio y una notabilísima fluidez de diálogo. Chocan, en cambio, ciertas caídas en el sentimentalismo.

Azorín incluyó a Benavente en su nómina de la "generación del 98". Es cierto que, en sus comienzos, dio muestras de una actitud crítica: en comedias como *El*

nido ajeno (1894) o *La noche del sábado* (1903) retrató a la alta burguesía con sus hipocresías y convencionalismos. Pero pronto limó sus aristas críticas para hacerlas tolerables por el público habitual. Así se verá en su obra maestra, *Los intereses creados* (1907). Citemos otro de sus grandes éxitos: *La malquerida* (1913), drama vigoroso, y algo sensiblero, de ambiente rural.

LOS INTERESES CREADOS

Es, insistimos, el mayor acierto de Benavente, su obra más perdurable. Como veremos, en esta deliciosa farsa se oculta una visión escéptica y hasta, si se quiere, cínica de la vida burguesa, aunque el enfoque queda suavizado por un toque idealista y sentimental. La obra —en dos actos y tres cuadros— toma sus personajes y su ambiente de la vieja *commedia dell'arte* italiana, con sus enamorados, su Arlequín, su Colombina, su Polichinela, su señor Pantalón... Y en su ágil jugueteo resplandecen las mejores virtudes teatrales y literarias del autor. Como invitación a una lectura íntegra, transcribiremos aquí el famoso y bellissimo *Prólogo* (con su exaltación del teatro y su irónica presentación de la obra), *la escena inicial* y *el desenlace*, resumiendo el nudo de la acción.

PRÓLOGO

(Recitado por el personaje de Crispín)

He aquí el tinglado de la antigua farsa, la que alivió en posadas aldeanas el cansancio de los trajinantes, la que embobó en las plazas de humildes lugares a los simples villanos, la que juntó en ciudades populosas a los más variados concursos, como en París sobre el Puente Nuevo, cuando Tabarrín desde su tablado de feria solicitaba la atención de todo transeúnte, desde el espetado doctor que detiene un momento su docta cabalgadura para desarrugar por un instante la frente, siempre cargada de graves pensamientos, al escuchar algún donaire de la alegre farsa, hasta el pícaro hampon, que allí divierte sus ocios horas y horas, engañando al hambre con la risa, y el prelado, y la dama de calidad, y el gran señor desde sus carrozas, como la moza alegre, y el soldado, y el mercader, y el estudiante. Gente de toda condición, que en ningún otro lugar se hubiera reunido, comunicábase allí su regocijo; que muchas veces, más que de la farsa, reía el grave de ver reír al risueño, y el sabio al bobo, y los pobres de ver reír a los grandes señores, ceñudos de ordinario, y los grandes de ver reír a los pobres, tranquilos

lizada su conciencia con pensar: "¡también los pobres rién!". Que nada prende tan pronto de unas almas en otras como esta simpatía de la risa. Alguna vez también subió la farsa a palacios de príncipes, altísimos señores, por humorada de sus dueños, y no fue allí menos libre y despreocupada. Fue de todos y para todos. Del pueblo recogió burlas y malicias y dichos sentenciosos, de esa filosofía del pueblo, que siempre sufre, humilde por aquella resignación de los humildes de entonces, que no lo esperaban todo de este mundo, y por eso sabían reirse del mundo sin odio y sin amarguras. Ilustró después su plebeyo origen con noble ejecutoria⁵. Lope de Rueda, Shakespeare, Molière, como enamorados príncipes de cuento de hadas elevaron a Cenicienta al más alto trono de la Poesía y el Arte.

No presume de tan gloriosa estirpe esta farsa, que por curiosidad de su espíritu inquieto os presenta un poeta de ahora. Es una farsa *guñolesca*⁶, de asunto disparatado, sin realidad alguna⁷. Pronto veréis cómo cuanto en ella sucede no pudo suceder cómo ca; que sus personajes no son ni semejan hombres y mujeres, sino muñecos o fantoches de cartón y trapo, con groseros hilos,

¹ *Tabarrín*, célebre charlatán y mimo francés del siglo XVII. — ² *espetado*, erguido, estirado, orgulloso. — ³ como, así como, igual que. — ⁴ Nótese que, hasta aquí, no ha habido ningún punto; pero, si se relea el período, se advertirá la perfección y el ritmo con que

se suceden las proposiciones; y lo mismo se apreciará en el resto de esta pieza magistral. — ⁵ *ejecutoria*, título. — ⁶ *guñolesca*, como de íteres. — ⁷ Esta frase, como la siguiente, está, por supuesto cargada de ironía.

visibles a poca luz y al más corto de vista. Son las mismas grotescas máscaras de aquella *comedia del arte* italiano, no tan regocijadas como solían, porque han meditado mucho en tanto tiempo. Bien conoce el autor que tan primitivo espectáculo no es el más digno de un culto auditorio de estos tiempos; así, de vuestra cultura tanto como

ESCENA PRIMERA

Huyendo de la justicia y sin un cuarto, llegan a una ciudad dos jóvenes, el tímido e idealista LEANDRO y el pícaro CRISPÍN, que no tardará en urdir un plan tan ingenioso como audaz. Helos aquí ante una hostería.

LEANDRO.—Gran ciudad ha de ser esta, Crispín; en todo se advierte su señorío y riqueza.

CRISPÍN.—Dos ciudades hay. ¡Quiera el cielo que en la mejor hayamos dado!

LEANDRO.—¿Dos ciudades dices, Crispín? Ya entiendo: antigua y nueva, una de cada parte del río.

CRISPÍN.—¿Qué importa el río, ni la vejez, ni la novedad? Digo dos ciudades como en toda ciudad del mundo: una para el que llega con dinero y otra para el que llega como nosotros.

LEANDRO.—¡Harto es haber llegado sin tropezar con la justicia! Y bien quisiera detenerme aquí algún tiempo, que ya me cansa tanto correr tierras.

CRISPÍN.—A mí, no, que es condición de los naturales, como yo, del libre reino de Picardía⁹ no hacer asiento¹⁰ en parte alguna, si no es forzado y en galeras, que es duro asiento. Pero ya que sobre esta ciudad caímos y es plaza fuerte a lo que se descubre, tracemos como prudentes capitanes nuestro plan de batalla si hemos de conquistarla con provecho.

LEANDRO.—¡Mal pertrechado ejército venimos!

CRISPÍN.—Hombres somos y con hombres hemos de vernos.

LEANDRO.—Por todo caudal, nuestra persona. No quisiste que nos desprendiéramos de estos vestidos, que, malvendidos, hubiéramos podido juntar algún dinero.

de vuestra bondad se ampara. El autor sólo pide que añadáis cuanto sea posible vuestro espíritu. El mundo está ya viejo y chochea; el Arte no se resigna a envejecer, y por parecer niño finge balbucesos... Y he aquí cómo estos viejos polichinelas⁸ pretenden hoy divertiros con sus niñerías.

ESCENA PRIMERA

Huyendo de la justicia y sin un cuarto, llegan a una ciudad dos jóvenes, el tímido e idealista LEANDRO y el pícaro CRISPÍN, que no tardará en urdir un plan tan ingenioso como audaz. Helos aquí ante una hostería.

CRISPÍN.—¡Antes me desprendiera yo de la piel que de un buen vestido! Que nada importa tanto como parecer, según va el mundo, y el vestido es lo que antes parece.

LEANDRO.—¿Qué hemos de hacer, Crispín? Que el hambre y el cansancio me tienen abatido y mal discurso.

CRISPÍN.—Aquí no hay sino valerse del ingenio y de la desvergüenza, que sin ella nada vale el ingenio. Lo que he pensado es que tú has de hablar poco y desabridoi¹¹, para darte aires de persona de calidad; de cuando en cuando, te permito que descargues algún golpe sobre mis costillas; a cuantos te pregunten, responde de misterioso; y cuando habies por tu cuenta, sea con gravedad, como si sentencias. Eres joven, de buena presencia; hasta ahora sólo supiste malgastar tus cualidades; ya es hora de aprovecharse de ellas. Ponte en mis manos, que nada conviene tanto a un hombre como llevar a su lado quien haga notar sus méritos, que en uno mismo la modestia es necesidad y la propia alabanza locura, y con las dos se pierde para el mundo. Somos los hombres como mercancía: que valemos más o menos según la habilidad del mercader que nos presenta. Yo te aseguro que así fueras vidrio, a mi cargo corre que pases por diamante¹². Y ahora llamemos a esta hostería, que lo primero es acampar a vista de la plaza.

⁸ *polichinelas* es, aquí, el apelativo que da Benavente a todos sus personajes. Polichinela, nombre de un tipo de la "commedia dell'arte", será aquí el del odioso padre de la protagonista.—⁹ *Picardía*, región del norte de Francia; pero aquí designa al mundo de la picarescrista.

ca.—¹⁰ *no hacer asiento*, no parar, no establecerse (ya se verá la actitud de Crispín al final).—¹¹ *desabrido*, áspero, hosco.—¹² Véase, desde el comienzo, el espíritu escéptico y cínico del, por lo demás, simpático Crispín.

LEANDRO.—¿A la hostería dices? ¿Y cómo pagaremos?

CRISPÍN.—Si por tan poco te acobardás, busquemos un hospital o casa de misericordia, o pidamos limosna, si a lo piadoso nos acogemos; y si a lo bravo, volvamos al camino y salteemos al primer viandante; si a la verdad de nuestros recursos nos atenemos, no son otros nuestros recursos.

LEANDRO.—Yo traigo cartas de introducción para personas de valimiento en esta ciudad, que podrán socorrernos.

CRISPÍN.—¡Rompe luego esas cartas y no pienses en tal baja! ¡Presentarnos a nadie como necesitados! ¡Buenas cartas de crédito son esas! Hoy te recibirán con grandes cortesías; te dirán que su casa y su persona son tuyas, y a la segunda vez que llames a su puerta ya te dirá el criado que su señor no está en casa ni para en ella; y a otra visita ni te abrirán la puerta. Mundo es este de toma y daca; lonja de contratación, casa de cambio, y antes de pedir ha de ofrecerse.

LEANDRO.—¿Y qué podré yo ofrecer, si nada tengo?

CRISPÍN.—¡En qué poco te estimas! Pues qué, un hombre por sí ¿nada vale? Un hombre puede ser soldado, y con su valor

decidir una victoria; puede ser galán o marido, y con dulce medicina curar a alguna dama de calidad o doncella de buen linaje que se sienta morir de melancolía; puede ser criado de algún señor poderoso que se aficiona de él y le eleve hasta su privanza, y tantas cosas más que no he de enumerarte. Para subir, cualquier escalón es bueno.

LEANDRO.—¿Y si aun ese escalón me falta? CRISPÍN.—Yo te ofrezco mis espaldas para encumbrarte. Tú te verás en alto.

LEANDRO.—¿Y si los dos damos en tierra? CRISPÍN.—Que ella nos sea leve. (*Llamando a la hostería con el aldabón.*) ¡Ah de la hostería! ¡Hola, digo! ¡Hostelero o demonio! ¿Nadie responde? ¿Qué casa es esta?

LEANDRO.—¿Por qué esas voces, si apenas llamasteis?

CRISPÍN.—¡Porque es ruindad hacer esperar de ese modo! (*Vuelvo a llamar más fuerte.*) ¡Ah de la gente! ¡Ah de la casa! ¡Ah de todos los diablitos!

HOSTELERO. (*Dentro.*)—¿Quién va? ¿Qué voces y qué modos son estos? No hará tanto que esperan.

CRISPÍN.—Ya fue mucho! Y bien nos informaron que esta es muy ruin posada para gente noble.

LA INTRIGA

Crispín hace creer al HOSTELERO que Leandro es un noble riquísimo, cuyo séquito y equipaje no tardarán en llegar. Sucesivamente, va atrayéndose a los más diversos personajes de la ciudad: el CAPITÁN; el poeta ARLEQUÍN, enamorado de COLOMBINA; doña SIRENA, tía de esta; PANTALÓN, el sastre... A la vez, no dejan de contraer deudas: todas las arcas se les abren.

Los enredos no paran. Para colmo, Crispín proyecta que Leandro se case con SILVIA, hija única del riquísimo señor POLICHINELA. Y resulta que este fue antes un sacitero que sufrió condena en galeras con el mismo Crispín y luego hizo fortuna con malas artes, circunstancias que sabrá aprovechar el pícaro.

Pero Leandro se enamora realmente de SILVIA y, correspondido por ella, se negará a proseguir el engaño. A la vez, la supercheria será descubierta. Ha llegado a la ciudad el DOCTOR, un leguleyo que lleva el proceso contra Leandro y Crispín por anteriores infracciones. Los jóvenes se ven acosados. Pero Crispín hace ver a todos que la única manera de cobrar sus cuantiosas deudas (los intereses creados) es apoyar la boda de Leandro y Silvia, para contar con el respaldo de la fortuna del enfurecido señor Polichinela. Y este, temiendo además que se descubra su pasado, no podrá resistir las presiones de todos. He aquí en qué para todo el enredo.

EL DESENLACE

- TODOS.—¡Casadlos! ¡Casadlos!
 PANTALÓN.—O todos caeremos sobre vos^{12 bis}.
 HOSTELERO.—Y saldrá a relucir vuestra historia...
 ARLEQUÍN.—Y nada iréis ganando...
 DOÑA SIRENA.—Os lo pide una dama, conmovida por este amor tan fuera de estos tiempos.
 COLOMBINA.—Que más parece novela.
 TODOS.—¡Casadlos! ¡Casadlos!
 POLICHINELA.—Cásense enhoramala. Pero mi hija quedará sin dote y desheredada... Y arruinaré toda mi hacienda antes que ese bergante...
 DOCTOR.—Eso sí que no haréis, señor Polichinela.
 PANTALÓN.—¿Qué disparates son esos?
 HOSTELERO.—¡No lo penséis siquiera!
 ARLEQUÍN.—¿Qué se diría?
 CAPITÁN.—No lo consentiremos.
 SILVIA.—No, padre mío; soy yo la que nada acepto, soy yo la que ha de compartir su suerte. Así le amo.
 LEANDRO.—Y sólo así puedo aceptar tu amor... (Todos corren hacia Silvia y Leandro¹³).
 DOCTOR.—¿Qué dicen? ¿Están locos?
 PANTALÓN.—¡Eso no puede ser!
 HOSTELERO.—¡Lo aceptaréis todo!
 ARLEQUÍN.—Seréis felices y seréis ricos.
 SENORA DE POLICHINELA.—¡Mi hija en la miseria! ¡Ese hombre es un verdugo!
 DOÑA SIRENA.—Ved que el amor es niño delicado y resiste pocas privaciones.
 DOCTOR.—¡No ha de ser! Que el señor Polichinela firmará aquí mismo espléndida donación, como corresponde a una persona de su calidad y a un padre amantísimo. Escribid, escribid, señor secretario, que a esto no ha de oponerse nadie.
 TODOS. (Menos el señor Polichinela.)—¡Escribid, escribid!
 DOCTOR.—Y vosotros, jóvenes enamorados... resignaos con las riquezas, que no conviene extremar escrúpulos que nadie agradece.
- PANTALÓN. (A Crispín.)—Seremos pagados?
 CRISPÍN.—¿Quién lo duda? Pero habéis de proclamar que el señor Leandro nunca os engañó... Ved cómo se sacrifica por satisfaceros, aceptando esa riqueza que ha de repugnar a sus sentimientos.
 PANTALÓN.—Siempre le creímos un noble caballero.
 HOSTELERO.—Siempre.
 ARLEQUÍN.—Todos lo creímos.
 CAPITÁN.—Y lo sostendremos siempre.
 CRISPÍN.—Y ahora, doctor, ese proceso. ¿Habrá tierra bastante en la tierra para echarle encima?
 DOCTOR.—Mi previsión se anticipa a todo. Bastará con puntuar debidamente algún concepto... Ved aquí. Donde dice: "Y resultando que si no declaró...", basta una coma, y dice: "Y resultando que sí, no declaró..." Y aquí: "Y resultando que no, debe condenarse...", fuera la coma, y dice: "Y resultando que no debe condenarse..."
 CRISPÍN.—¡Oh, admirable coma! ¡Maravillosa coma! ¡Genio de la justicia! ¡Oráculo de la ley! ¡Monstruo de la jurisprudencia!¹⁴
 DOCTOR.—Ahora, confío en la grandeza de tu señor.
 CRISPÍN.—Descuidad. Nadie mejor que vos sabe cómo el dinero puede cambiar a un hombre.
 SECRETARIO.—Yo fui el que puso y quitó esas comas...
 CRISPÍN.—En espera de algo mejor..., tomad esta cadena. Es de oro.
 SECRETARIO.—¿De ley?
 CRISPÍN.—Vos lo sabréis, que entendéis de leyes.
 POLICHINELA.—Sólo impondré una condición: que este pícaro deje para siempre de estar a tu servicio.
 CRISPÍN.—No necesitáis pedirlo, señor Polichinela. ¿Pensáis que soy tan pobre de ambiciones como mi señor?¹⁵

^{12 bis} Los diversos personajes se dirigen al señor Polichinela.—¹³ Véase el contraste, un tanto primario, entre el idealismo de los enamorados y el espíritu interesado de los demás; por otra parte, se admirará la

LEANDRO.—¿Quieres dejarme, Crispín? No será sin tristeza de mi parte.

CRISPÍN.—No la tengáis, que ya de nada puedo serviros y conmigo dejáis la piel del hombre viejo... ¿Qué os dije, señor? Que entre todos habíais de salvarnos... Creedlo. Para salir adelante con todo, mejor que crear afectos es crear intereses...

LEANDRO.—Te engañas, que sin el amor de Silvia nunca me hubiera salvado.

CRISPÍN.—¿Y es poco interés ese amor? Yo di siempre su parte al ideal y conté con él siempre. Y ahora acabó la farsa.

SILVIA. (Al público.)—Y en ella visteis, como en las farsas de la vida, que a estos muñecos, como a los humanos, mueven los cordelillos groseros, que son los inte-

reses, las pasioncillas, los engaños y todas las miserias de su condición: tiran unos de sus pies y los llevan a tristes andanzas; tiran otros de sus manos, que trabajan con pena, luchan con rabia, hurtan con astucia, matan con violencia. Pero entre todos ellos desciende a veces del cielo al corazón un hilo sutil, como tejido con luz de sol y con luz de luna: el hilo del amor, que a los humanos, como a estos muñecos que semejan humanos, los hace parecer divinos, y trae a nuestra frente resplandores de aurora, y pone alas en nuestro corazón y nos dice que no todo es farsa en la farsa, que hay algo divino en nuestra vida, que es verdad y es eterno y no puede acabar cuando la farsa acaba¹⁶.

¹⁶ Juzguese hasta qué punto resulta plausible la mezcla de escepticismo e idealismo que se hace patente en este final. Y, una vez más, la elegante prosa de Benavente brilla en el párrafo con que se cierra la obra.